LA NOVELA SUGESTIVA

EJEMPLAR: 50 CENTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

HISPANOAMÉRICA		OTROS PAÍSES	
Año.....	Pts. 24	Año.....	Pts. 40
Semestre...	» 12	Semestre...	» 24
Trimestre..	» 6	Trimestre..	» 12

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además, para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

La Novela Sugestiva

35



HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

MEL.

50 CTS

GAUDENCIO LAGO

TUMBA DE AMOR

TUMBA DE AMOR

La Novela Sugestiva

TUMBA DE AMOR

por

GAUDENCIO LAGO

Ilustraciones de
M E L

35

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID

Envío. ¡Tumba de amor, Peponcital ¿No te acuerdas? La bautizamos así en las primeras veces que a ella fuimos. Tumba de amor parecía, en efecto, aquella habitación herméticamente cerrada, a la que no llegaba ningún rumor de vida, fuera de perdidos suspiros y ayes arrancados a la ardiente lira de la voluptuosidad en análogas «tumbas» de aquel cementerio de amor. Bien merecía la frase una novelita. ¿Verdad? Ahí va, pues.

GAUDENCIO



NTONIO y Mauricio hallábanse en la terraza del bar Partenón, en el bulevar Saint-Michel, en pleno Barrio Latino, saboreando la delicia del vespertino aperitivo...

—¿Cómo andas de amores, Antonio?—preguntó Mauricio a su amigo.

—Chico, todavía no ha surgido ese mirlo blanco que yo espero.

—Ya surgirá, ya. En París, cuando menos se espera uno... Sólo llevas aquí cinco meses: apenas la mitad del tiempo convenido; el preciso tan sólo para soltarte un poquitín en el francés y en las costumbres parisinas.

Antonio movió la cabeza y sonrió, incrédulo.

Luego dijo:

—Cuando Cupido quiere, en una aldea de cien vecinos surge la mujer prodigiosa; pero cuando dice que no...

En aquel instante, como oponiéndose a la intención que ocultaban los puntos suspensivos con que Antonio terminara su frase, una bellísima hembra pasó ante la terraza del bar, envuelta en la general admiración que parecía aureolar su hermosura.

—¡Qué mujer!—exclamó Mauricio.

Los ojos de Antonio, posados en aquel instante en el oro de la cerveza, que, al ascender en burbujas a la superficie del líquido, convertíase en plata, fueron codiciosos hacia la hembra admirada. Y él también murmuró, con voz ahogada, llena de la mayor emoción que en su vida experimentara:

—¡Qué belleza! ¡Qué idealidad!

¡Idealidad! Sin querer, sus labios habían pronunciado la palabra mágica.

¡Idealidad! La mujer ideal, pues.

Rápidamente, Antonio se puso en pie. Captado en el acto por la singular belleza, a partir de aquel instante, ya no se pertenció.

—¡Adiós, chico!—exclamó despidiéndose de su amigo.

Mauricio sonrióle, animoso.

Y díjole:

—¡Buena suerte! La moza vale la pena. ¡Adelante!

Antonio echó tras la mujer.

Describir una mujer bonita, una de las muchas mujeres bonitas que hay en el mundo, ya sea rubia, morena o castaña, no es difícil; pero descri-



¡Qué beso aquél!

bir precisamente a la mujer que de modo tan prodigioso deslumbrara a Antonio, no es tarea fácil, porque, a más de bonita, aquella mujer tenía en sí un no sé qué sensual, un algo así como un efluvio voluptuoso que parecía nimbar su persona toda, que un elogio a la pura belleza no bastaría, no sería justo, acertado; porque lo mejor de tal mujer, precisamente, era lo indecible, una especie de halo sensual, como aroma embriagador de nardo.

La maravillosa mujer era esbelta, flexible como una palmera, de pantorrillas elegantes y senos de colegiala en flor; es decir, pequeñitos e insolentes, bajo la levedad de la seda y el encaje tras el que se ocultaban.

El cuerpo, al caminar, oscilaba rítmico, sensual, en una cadencia lasciva; pero tan tenue, tan imperceptible, que no había en ella nada de lúbrico, de grosero, de ese torpe sensualismo con que algunas mujeres pretenden exasperar el apetito sexual en el hombre.

Antonio no cesaba de exclamarse:

—¡Qué maravilla! ¡Qué cosa más ideal!

Y seguía detrás del tesoro humano, sin cansarse, en arrobo, en adoración, como transportado a un mundo de ensueño, dispuesto a no perder la pista de aquella mujer sin par, decidido a abordarla en cuanto la ocasión se le presentase propicia para ello.

Desdeñaba la mujer toda clase de vehículos, quizá por saturarse de la admiración popular de

que era objeto, y abandonó el Barrio Latino por la opuesta ribera del Sena.

Se fué acercando al Chatelet lenta, despaciosa, como deidad que va entre sus súbditos en un paseo de gloria.

Penetró, al fin, en la Samaritana seguida de Antonio, impertérrito en su conquista.

Sección de ropa blanca.

Las manos, pequeñitas, pulidas, alabastrinas, revolvieron en telas finísimas como suaves caricias, como besos sin eco; en pantalones de ensueño, en camisitas de hada, en medias de seda, sutiles como jirones de niebla sonrosada por el sol.

Un paquetito, y a la caja. Ea, de nuevo en marcha.

Rumbo hacia los grandes bulevares.

Antonio no se descorazonaba. Una extraña esperanza, algo así como una profunda convicción, le alentaba a seguir tras aquella mujer.

Ella, sin duda alguna, se había dado ya perfecta cuenta de la persecución de que era objeto. Uno más, deslumbrado por su hermosura, ¿qué de particular tenía? ¿Qué podía importarla? Y seguía su camino indiferente, imperturbable, siguiendo la trayectoria de su vida como astro a quien no le importa el resto del conjunto estelar.

Los bulevares.

La mujer titubeó un instante al desembocar en ellos. Luego, tras un movimiento de cabeza, que parecía responder a una decisión, torció hacia la

derecha, y a los pocos metros, al hallarse frente al café Inglés, penetró en él.

El corazón de Antonio repicó a gloria al latir violentamente bajo la esperanza de que la anhelada ocasión de abordar a aquella mujer iba a presentársele.

En el Inglés, la concurrencia era escasa. Una ojeada de derecha a izquierda de la hermosa. Una mesa vacía en un recodo del establecimiento, discreto, atrajo su mirada. Junto a ella tomó asiento.

La suerte protegió a Antonio. La mesa inmediata se hallaba asimismo vacía. Rápido, como si temiese que la tabla de salvación para acercarse a aquella mujer fuera a ser ocupada por otro más feliz mortal, Antonio se instaló allí.

¡Estallaba de gozo el bienaventurado!

Cuando el camarero se aproximó a él, Antonio se le quedó mirando, como ajeno al lugar en que acababa de penetrar, creyendo, sin duda, hallarse ya en la misma gloria.

—¿Qué desea el señor?

—¡Ah, sí! Tráigame... pues, cualquier cosa.

—¿...?

—Café, cerveza, ajenjo, lo que usted quiera. Café, mire; café, sí...

El camarero, a pesar de su habitual seriedad, retiróse sonriendo.

Fué seguidamente, y a consecuencia de esta escena, cuando la mirada de la turbadora mujer y la de Antonio se encontraron.

¿Qué vió el español en los ojos lindos, entre verdes y azules, de la linda mujer?

Y como frente a sol luminoso que no puede ser contemplado de frente sin cegar, Antonio no pudo resistir la mirada de la hembra, mirada inquisitiva, dominadora, de soberana que fija sus pupilas reales sobre la muchedumbre de un pueblo rendidamente vasallo.

Sintió Antonio como un mazazo sobre su conciencia, sobre su corazón también, esta idea:

—*Yo no podré nunca dominar a esta mujer.*

Se estremeció el español. Y agregóse, con el alma encendida de pasión:

—*Ni tampoco jamás podré dejar de amarla.*

La mujer desvió ya la mirada. Y como el camarero la hubiese servido ya el aperitivo que pidiera, ella comenzó a agitar el róseo líquido con la cucharilla, haciendo nacer en él infinitas y plateadas burbujas.

Podía hablar Antonio sin alzar demasiado la voz a su encanatdora vecinita. Y lo hizo con una emoción jamás experimentada, él, roto a los escarceos galantes.

—Señorita, la he venido siguiendo a usted...

Ella volvió a mirar al español, casi con enojo ahora. Encogióse de hombros, y exclamó leve, al propio tiempo que tomaba la copa del aperitivo y se la llevaba a los labios:

—¡Ah!

Luego paladeó la bebida con fruición, con la mis-

ma voluptuosidad que ponía en todos sus movimientos, en todos sus gestos.

—Sí, la he seguido a usted—volvió a decir Antonio, como la codiciada mujer volviera a su indiferencia hacia él, luego de su exclamación sin alma.

A ella, entonces, semejante titubeo, hecho de todas las confusiones del amor, irritó. Contempló con duro mirar a Antonio, y le dijo altiva, como queriendo en rápida justa librarse del importuno:

—Bien; ¿y qué?

Antonio, en fogonazo, comprendió que, despojándose de su timidez y lanzándose a un brusco y decisivo asalto, tal vez tendría probabilidades de éxito.

Y contestó rotundo y enérgico:

—Que la he seguido, yo que no he seguido nunca a mujer alguna, para decirla que me gusta usted hasta el mismo amor, quizá más allá del mismo amor...

La dureza en la mirada de la mujer extinguióse. Hubo ahora en ella una curiosidad grata al encontrarse con otro hombre diferente del que creyera haber conquistado. Como hubiese advertido su acento extranjero, ella, que era una parisina de rancio linaje, le preguntó:

—¿Es usted español?

—En efecto.

—¿De la familia de Don Juan, quizá?

—Nieto suyo.

La parisina rió.

—¡Bendita risa la suya por haber bebido en el manantial de mi admiración y... de mi amor!—exclamó Antonio.

—¡De su amor! ¡Pero si apenas acaba usted de verme! Y luego, además, que ustedes los hombres son tremendos; porque, vamos a ver: usted considera que yo soy una mujer guapa, bonita o a su gusto, por lo menos, ¿no es así?

—¡Ya lo creo! ¡Guapísima! ¡La mujer más bella que yo he visto en mi vida, y eso que las he visto realmente encantadoras!...

—Bien, bien. Pues... ¿No podría ocurrir que, siendo tan linda mujer, otro hombre se hubiera enamorado de mí... y yo le hubiese correspondido?

—Ciertamente.

—Pues bien; admitamos que sea éste el caso. ¿Qué va a hacer usted ahora?

—Seguirla queriendo.

—¿Y persiguiéndome?

—Hasta conquistarla.

—Bien. Ya me ha conquistado usted. Ya soy suya. Pero surge otro hombre... ¡Claro! ¡Como soy tan guapa! ¿Qué debe suceder ahora? ¿Rechazarle? ¿O aceptarle, como le aceptara a usted por otro?

Antonio no quiso enzarzarse en tal laberinto. Escurrióse así:

—¿Quiere usted que conjuguemos el presente haciendo caso omiso del pasado y del porvenir?

No contestó por el pronto la interesante hembra. Posó la vista, en reflexivo recogimiento, sobre la copa a medio apurar del aperitivo, y al cabo de un instante volvió a mirar al español, preguntándole:

—¿Sabe usted qué clase de mujer soy yo?

—Una mujer ideal.

—Una mujer fatal.

—¿Qué más da?

—¡Ya lo creo! De lo ideal a lo fatal, cuando de mí se trata, va tanto como de la vida a la muerte.

—¡Pero si eso es lo que he buscado un día y otro vanamente en la mujer! Que su amor sea tan grande que se confunda con la propia muerte; que vaya hasta ella, si es preciso, en sus gloriosas agonías.

Ahora, en la mirada de la hembra hubo una lucecilla de amor perverso, algo así como si su alma complicada, gustadora de raras y crueles voluptuosidades, se asomase a sus ojos.

Murmuró, como si hablase consigo misma:

—¡Yo he soñado siempre con el amor ardiente de un español!

Antonio vibró gloriosamente.

¡Victoria! ¡Victoria! La maravillosa, la incomparable mujer se le entregaba fácilmente, como en un sueño.

Dijo, tremante de pasión:

—¡Cuánto vamos a amarnos!

Y se apresuró a tomar asiento junto a ella, en la misma mesa.

Rió la mujer quedamente, con una risita sensual que electrizara al adorador, diciendo:

—¡Pero qué vehemente es usted! ¡Qué vehemente!

¡Tocarla! Anhelaba ya, en un ansia loca, el feliz Antonio, tocar la carne maravillosa. Tomó una mano de la sensual criatura y la oprimió entre las suyas apasionadamente.

—¡Hasta la locura! ¡Hasta donde sea! ¡Hasta el crimen mismo he de quererla!

Y ella, envuelta ya en la quimera de amor, dejándose adorar, murmuró suspirante, respirando por todos los poros de su cuerpo la voluptuosidad en que desbordaba:

—Dígame, cuénteme historias maravillosas de su país. Cuénteme trágicas y apasionadas historias de amor de su España.





A Antonio, una hora antes de la convenida para la cita, iba hacia la mujer en quien creyera haber hallado el tan suspirado ideal.

Vivía ella en la Puerta Maillot, mientras Antomo habitaba en el Barrio Latino. Y él, para matar su impaciencia, para calmar sus nervios, decidióse a hacer a pie la distancia que separaba los dos barrios parisinos.

Iba por entre la gente como un fantasma, como un dichoso fantasma, ajeno ya a este mundo, que marchase lentamente en pos de la felicidad que le aguardaba.

Y se repetía una y otra vez el nombre, cien y mil veces saboreado íntimamente, que esperaba balbucir entrecortado por el divino morir de amor:

—¡Yvonne! ¡Yvonne! ¡Yvonne!

Recordaba ahora Antonio, mientras caminaba, los

últimos instantes pasados con la sin igual mujer, ya fuera del Inglés, mientras la acompañaba hacia la casa donde ella decía vivir, y la enlazara por la cintura, aprovechando un instante de soledad en la calle.

¿Qué nervios, qué sangre había en aquel cuerpo de mujer que había vibrado bajo el abrazo como en una fuerza eléctrica?

Ella había suspirado, entregándose:

—Déjeme, déjeme... Hoy no podrá ser...

Y Antonio había suplicado:

—Un beso tan sólo. Eso sí. Eso no me lo podrá usted negar.

¡Un beso en París! ¿Qué bella lo niega al amado?

Ella le contestó con una sonrisa de aquiescencia.

Y las bocas se juntaron tremantes de deseo...

¡Qué beso aquél! Antonio lo sentía aún, quemándole los labios, cargado de lujuria, lleno de todos los ardores de la más desbordada pasión. Yvonne había cerrado los ojos para recibirle, mientras su cuerpo se plegaba hacia el varón, como doblegándose ya a la cópula.

Pero, vivamente, Yvonne reaccionara, y huyendo de la boca abrasada y abrasadora del español, había exclamado en susto, como temerosa de un gran castigo que penara vaya usted a saber qué traición:

—No, no. ¡Déjeme! ¡Esta noche es imposible! Mañana, a las once de la noche, podremos ser ya felices...

—¿Ya? ¿Por qué no hoy? ¿Qué lo impide?

Ella había sonreído misteriosa, lejana, sin contestar.

Y ahora, parado en medio del puente, con la mirada fija en la lejanía del Sena, salpicado de millares de puntitos de luces verdes, rojas, moradas, azulinas, blancas, amarillas, Antonio se decía, perplejo:

—¿Quién será esta mujer? ¿Será la hembra sin par que mi corazón anhela?

Sus interrogaciones iban a la sombra y en ella se perdían, sin réplica, como siembra a voleo que sólo el tiempo haría más tarde fructificar.

Antonio suspiró y de nuevo se puso en marcha.

Antonio no se cansaba. Hubiese así caminado la noche entera, sin fatiga, hasta llegar a la aurora de amor hacia la que iba.

Pasaban junto a él mujeres bonitas; lindas cortesanas de sonrisa invitadora y retozante voluptuosidad. Eran para Antonio, ante la visión de beldad que le deslumbraba, como estrellitas errantes que cruzaran ante la esplendidez de una luna llena.

Llegaba ya.

Al acercarse a la casa donde Yvonne, seguramente, le esperaba, Antonio fué acometido de un extraño miedo, de una singular emoción, que hizo que los latidos de su corazón se precipitasen, que

físicamente experimentase como una sensación de ahogo.

—¡Yvonne! ¡Yvonne!—murmuró, cual si impetrase su auxilio.

La casa ya. Era en el primer piso. El portal se hallaba cerrado. Pero en los balcones que debían corresponder a las habitaciones de Yvonne había luz. Una sombra se siluetó en uno de ellos; una sombra que parecía aguardar...

Tiró Antonio de la campanilla. La puerta se abrió. Ante la portería, Antonio lanzó su nombre, no sabiendo indicar a donde iba. Subió...

Ya Yvonne le esperaba en el dintel de lo que el bienaventurado español consideraba como paraíso.

—Pase, pase usted. Soy yo, yo... ¿Qué ha dicho usted en la portería?

—Lo primero que se me ha ocurrido; mi nombre mismo.

—Bien, muy bien; vale más así. Yo no pude darle ayer la llave...

Ya estaban dentro de la casa. El la había seguido dócilmente, casi con timidez.

—Dijo, por hablar:

—Estamos solos, ¿verdad?

—Naturalmente.

Y ella rió, por reír también; por quebrar todo desasosiego; por alegrar su espíritu, inquieto quizá...

Un gabinetito, donde una amplia otomana alzaba su lecho chato en amorosa invitación.

—Siéntese, sentémonos. ¿Eh? ¿Está usted contento de haber venido? ¿Lo ha meditado bien? ¿No le pesará nunca?

Se le había acercado lagotera, envolviéndole con la luz misteriosa de sus pupilas, con el efluvio voluptuoso de su cuerpo flexible, que se revelaba desnudo bajo la caricia del kimono que le ceñía...

—¡Pesarme! ¡Pesarme! ¿Por qué me ha de pesar? ¿No he hallado al encontrarte a ti la suprema felicidad, la más hermosa de las mujeres?

Y diciéndoselo así, y comenzando el tuteo de amantes, la enlazó y la besó furiosamente, plegándola, plegándola como si quisiera de este modo que las formas elegantes y armoniosas de la mujer se descompusieran, abriéndose ofrecedoras al amor...

—¡Españolito mío! ¡Españolito mío!—murmuró desfalleciente Yvonne.

Cayeron sobre la otomana, prestos ya a la posesión. Pero Yvonne quería retardar el instante del placer.

Gimió, rechazando los deseos que la asaltaban:

—¡Todavía no! ¡Todavía no! ¡Muramos antes de anhelo para que la hartura sea luego mayor!

El entonces pidió:

—¡Desnúdate! ¡Oh! ¡Debes de ser maravillosa!

Cuando Yvonne, obediente, se aprestaba a ofre-

cer a la mirada adoradora del español su cuerpo maravilloso, Antonio la besó detrás de la oreja con infinita pasión.

Mientras, el cuerpo venusino de la sensual mujer surgía en una apoteosis de humana belleza.

La boca ávida del adorador bajó cosquillosa y besadora a lo largo de la beldad...

Yvonne se estremecía y suspiraba, murmurando intermitentemente:

—¡Amor mío! ¡Amor mío! ¡Amor mío!...

No fué posible la pura adoración a la pura belleza, el extasiarse reverencioso ante la estricta armonía de líneas y suavidades.

Y fué la posesión.



DASARON como un soplo para Antonio dos o tres días de pura felicidad, de puro amor, de goces incomparables, en compañía de Yvonne, en la casa donde ésta vivía. Y el español creía estar viviendo la página más admirable de toda su existencia, fundamental base de una felicidad que creía ya lograda eternamente.

La tarde en que Antonio saltó del sueño a la abyecta realidad, los amantes habían gozado plenamente las delicias del amor con un frenesí, con una diversidad tal en sus afanes amorosos, por instigación más bien de la propia Yvonne, que dijérase que ésta, locamente enamorada de Antonio y en trance de perder su tesoro, trataba, por todas las artes de la seducción y del vicio, de conservarlo a todo trance.

Y Antonio, seducido, feliz como nunca, decía

a su amada, estrechándola contra su cuerpo con infinita pasión:

—¡Quiéreme siempre, vida mía! ¡Quiéreme siempre!

Yvonne, en un gesto lánguido y envolvente, lleno de voluptuosas concupiscencias, murmuró:

—¿Por qué no he de quererte? ¿Dónde he de encontrar un hombre que me ame lo que tú, que me haga tan dichosa, que me embriague de placer como tú sólo sabes hacerlo, españolito?

A punto estuvieron de caer nuevamente sobre el lecho, que aun guardaba el calor de sus cuerpos en fiebre; pero Yvonne suplicó:

—¡Déjame ya, amor mío! ¡Déjame ya! Basta por hoy. Hemos sido felices, muy felices, incomparablemente dichosos. Guardemos nuestras fuerzas. Y mañana, ¡vuelve!

—¡Mañana! ¡Mañana! ¡Oh, sí! ¡Mañana!

Y ya, con un ansia sincera de felicidad prometida:

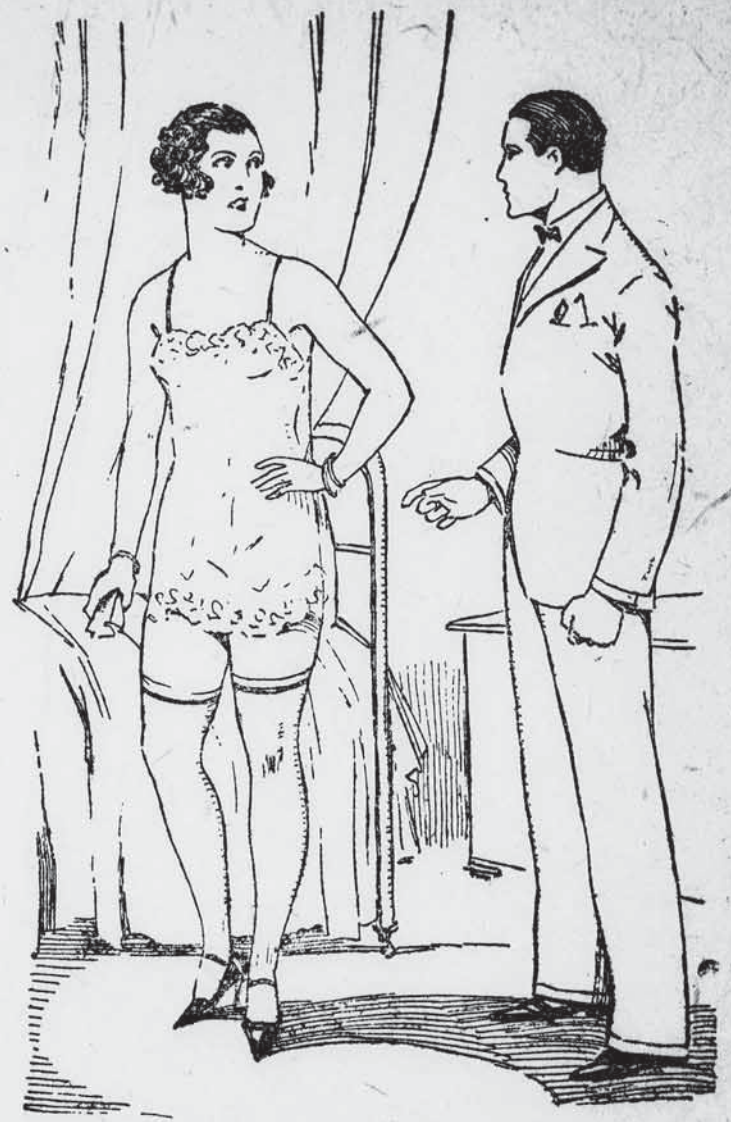
—¡Cuándo será mañana!

Yvonne rió y cubrió de besos alegres a su amante, de esos besos que son como jovial chisporroteo de leña, y que lo mismo crepitan sobre las mejillas de un niño que del hombre o de la mujer a quien se ama.

Y fué ya la paz. Una paz primaveral hecha de todas las promesas del estío.

Yvonne propuso:

—¿Quieres que vayamos a Bullier a tomar el



—¡Pelanas!

aperitivo ahora que la tarde está ya muriendo?

—Sí, sí. Como tú quieras.

—Ea, pues vamos a vestirnos.

Desposeyéronse de los pijamas con que cubrían sus cuerpos y pronto el inocente chapoteo del agua sober la carne desnuda cantaba una canción de pureza que parecía borrar toda huella de pecado...

Mientras tanto, los amantes hablaban:

—Tú debes de ser rico, Antonio, ¿eh?

—Psch...

—Aun cuando la fortuna de tu padre no sea tuya, él no debe dejarte carecer de nada... Porque vivir en París sin ocuparse más que de divertirse...

—Así, así. Mi padre es un poco avaro.

Yvonne enfilaba ya las medias; Antonio ajustábase la corbata ante el espejo del lavabo, empeñado en la perfección del nudo.

De pronto la exquisita francesa, decidiéndose, dejó la media a medio envainar, y alzando la cabeza dijo a su amante:

—Oye, Antonio: ¿qué serías tú capaz de hacer por mí?

Algo sorprendido, Antonio volvióse hacia Yvonne, y contemplándola con interés, la contestó:

—¿Por ti? ¡Todo! Ya lo sabes, ya te lo he dicho más de una vez. ¿Por qué me lo preguntas ahora?

—Porque..., porque... he tenido que hacer ciertos gastos extraordinarios. Y, claro, necesito unos francos...

—¿Muchos?

—Cinco mil, aproximadamente.

—Chica, no sé...; pero..., la verdad, cinco mil francos yo...

—¿Tú no puedes proporcionarme cinco mil francos? ¿A mí? ¿A tu amante ideal?

—Seguramente no podré, seguramente...

La faz antes risueña de Yvonne se ensombreció. ¡Valiente asunto era el suyo! Comenzó a desenmascararse. Su juego de cortesana que ve en peligro la ganancia que tan arteramente creyera conquistada, comenzó a verse claro. No pudiendo contenerse, Yvonne dijo al español, que se debatía en un mar de confusiones (pues él, que no contara con semejante circunstancia material, a la que no podía atender, veía cómo se desmoronaba el castillo de sus doradas ilusiones; cómo lo que creyera puro amor se transformaba en mercantilismo):

—¿Y sabiéndolo así te echas una querida de postín?

—Yo creí...

—Que te amaba por tu cara bonita, ¿no? ¡Qué guapo! ¿Y de qué quieres que yo viva entonces? ¿Del aire?

Antonio estaba anonadado. ¿Qué era aquello? ¿Por qué semejante transmutación ¿Soñaba o se hallaba frente a cruel realidad? ¿No surgiera el

amor espontáneo entre los dos? ¿No parecía ella quererle desinteresadamente, con toda su alma? ¡Una cortesana! ¡La Yvonne de todas sus ilusiones era una vil cortesana! ¡Qué horror! ¡Qué vergüenza!

Murmuró:

—¡No, no! Tú no eres Yvonne, la Yvonne de mis ilusiones; tú eres otra mujer que la ha suplantado.

Yvonne rió sarcásticamente.

—¿Otra mujer? ¡Sí; tienes razón! Soy ahora otra mujer; una mujer que necesita cinco mil francos. ¿Me los puedes dar tú? ¿No? Pues a otra cosa. Yo los buscaré por otro lado. Mil, ¿hace?—propuso la cortesana, no queriendo liquidar aquel asunto de modo tan catastrófico, desde el punto de vista económico.

—No sé, no sé... Además, estoy apabullado.

—Consulta a tu cartera mientras tanto.

Como un autómata, Antonio hundió una mano en el bolsillo interior de la americana, que ya tenía puesta, y extrajo de ella la cartera.

Declaró, abriéndola, en un gesto desolado:

—No tengo más que cuatrocientos francos.

En un gesto decisivo, no queriendo dejar escapar aquellos misérrimos billetes, Yvonne extendió la mano hacia ellos en un gesto desdeñoso, diciendo:

—Vengan. Después de todo... Pagaré con ellos la casa mientras consigo los cinco mil del ala.

Con rabioso desdén, en el que palpitaba la cólera que el mal negocio engendrara en ella, Yvonne dijo a Antonio:

—Puedes largarte. Este asunto ha terminado.

Ante semejante injuria, los puños del español se crisparon. Avanzó hacia la mujer y la lanzó, como una suprema venganza:

—¡Golfa! ¡Rámera! ¡Prostituta!

Yvonne se encogió de hombros. Y volviendo a la suspendida tarea de ponerse las medias, contestó tan sólo con infinito desprecio, mientras Antonio abandonaba la estancia:

—¡Pelanas!

Claro que esto se lo dijo la hetaira francesa al incauto español en una palabra parisina y canallesca que tenía la misma entraña que el despreciativo «¡pelanas!» hispano.





UANDO Antonio salió a la calle era ya completamente de noche. Llovía. Pero el desventurado no parecía sentir la mojadura. Al fin se decidió a meterse en un café de una calle próxima a los bulevares.

El establecimiento público se hallaba atestado. Antonio tomó asiento junto a la única mesa libre.

Poco tiempo estuvo solo, hundido en negras reflexiones, aplanado por la desgracia de su corazón en bancarrota sentimental, luego del terrible chasco en que, en vez de encontrar a la mujer ideal, hallara a la cocota. Una mujer rubia, elegante, de voluptuosa contextura y aire desenvuelto, pero que no por esto habría de ser catalogada en la serie de mujeres fáciles, viendo que no había de encontrar en el café más cómodo asiento que junto a Antonio, se le acercó diciendo:

Sonrió a la pregunta de Antonio y le dijo, ya en un plan de paz y de convivio:

—¿Y de dónde saca usted que yo soy una mujer misteriosa, vamos a ver?

—¡Oh! Salta a la vista. Su abstracción, un no sé qué indefinible que la delata alejada de cuanto bulle a su alrededor y la aferra a algo muy dulce...

Muy seriamente, la misteriosa rubia dijo a Antonio:

—Es usted un admirable observador. Declaro sinceramente *que hay algo de verdad en lo que usted pretende adivinar...*

Animado por estas palabras, sobrepasándose en audacia, Antonio agregó:

—Es más: aun me atreveré a decir que...

Se interrumpió, no decidiéndose a declarar lo que en su cerebro bullía. Pero ella le instó:

—Diga, diga sin miedo...

—... Obedece a que late en usted un perenne ideal de amor aun no cumplido; un ansia largo tiempo experimentada de amar y ser amada intensamente.

La rubia mujer palideció.

Y él murmuró todo estremecido por el deseo, basándose en lo acertado de su conjetura:

—Seguramente esta mujer espera un amor generoso, desinteresado, grande, no mercenario como el de Yvonne.

Con una sonrisa desdeñosa, la linda mujer intentó sobreponerse a la emoción que las palabras de Antonio la produjeran.

Dijo:

—¡Qué cosas sugiere el Deseo a los seres de quienes se apodera!...

—¿Usted cree?

—Y usted también.

—¿Luego no acerté?

La rubia misteriosa se encogió de hombros.

Y en aquel preciso momento, por un involuntario movimiento quizá, sus piernas entraron en contacto.

Sintió Antonio, sin saber por qué, sin duda por todas las emociones que estaba recibiendo desde hacía pocas horas, como una sacudida eléctrica que conmovió su ser entero, que le hizo palidecer, más intensamente de seguro que la extraña mujer poco antes palideciera.

—Ahora soy yo quien adivina.

—¿Qué?

—Lo que por usted pasa.

—¡Ah!

—Es usted prisionero del Deseo.

—¿Del Deseo... o de usted?

—¡Qué más da!

Callaron. Fué un minuto de silencio durante el cual sus miradas se confundieron, sus almas se buscaron sin hallarse, su instinto les fué acercando, acercando...

—Y eso tan lógico, tan natural, que lo contra-

rio sería absurdo junto a una mujer como usted; ¿le extraña?

—No.

Entretanto, el contacto de sus piernas, lejos de deshacerse, se había hecho más completo, más lascivo. Una de las de Antonio, como aprisionada entre las de la intersante rubia, parecía querer abrirse un obstinado y febril paso hacia una meta de enloquecedora delicia, cerrada, nerviosamente cerrada.

En el vehemente contacto había por parte de ella—¡oh, la sutil y acertada orientación del espíritu!—premeditado afán de exasperación voluptuosa más que púdica resistencia.

Y de repente, como hielo que se funde bajo los rayos del sol, las piernas de la mujer cesaron en su resistencia y se entreabrieron lo preciso para que la rodilla de Antonio se adentrara entre ellas.

Entonces, como artimaña desdeñosa en el juego erótico en que se hallaban enredados, Antonio retiró su pierna y, deshaciendo el contacto con la rubia, la dijo negligentemente:

—Con franqueza: ¿es usted acaso una de esas mujeres que gozan con el sufrimiento del placer exacerbado, anhelante y sin premio, que un escritor de mi país ha llamado justamente «el martirio de la insaciedad»?

—No. Yo... Yo soy una mujer... excepcional. ¡Témame usted!

—¿Temer? ¿Por qué? ¿Porque sea usted de fuego? ¡El fuego no teme al fuego!

—Es usted español, ¿verdad? Claro. Ustedes sólo admiten o presienten la mujer de fuego. Pero hay otra más peligrosa.

—¿Y que es?...

—La mujer de hielo precisamente, que, aunque fría, también quema.

—¿Así es usted? ¿De hielo?

—Y de fuego. Una aleación peligrosísima, créame.

—Me gustaría conocerla, a pesar de todo.

Ella sonrió con una sonrisa ambigua, llena de un misterio poblado de promesas infernales, de yo no sé qué raras lujurias.

Inclinó su busto hacia Antonio por sobre la mesa y le dijo, mirándole intensamente:

—Usted, hombre observador, ¿qué lee usted en mis ojos?

Miró Antonio sus ojos, fríos, crueles, y se hundió en ellos, escudriñador; pero su vista se desvió hacia el abismo de carne blanquísima, redonda, voluptuosa, prometedora, que eran sus senos, que en la inclinación del busto se mostraban rotundos y hendidos sensualmente por una deliciosa canal...

Y ella que lo observara:

—*Así* no podrá usted descifrar nada.

Suspiró Antonio, deseándola con toda su carne caldeada por la lujuria.

—No, no podré; no podré...

Compasivamente, la rubia le dijo:

—¡Pobre! Será usted harto. Pero ¿y luego? Es usted la llama que no dura, la fogata que presto se convierte en ceniza. Pero ¿y luego? ¿Cómo podrá usted vencer el hielo?...

—¡Oh! ¿Duda usted de mis fuerzas?

—Dudo.

Y Antonio, muy gallito, muy español:

—Pues... a sus órdenes. Cuando usted guste...

Como contestando a su desafío, la rubia se irguió rápidamente.

—Ahora mismo.

Ya en la calle, cuando aquella mujer se prendió de su brazo, Antonio tembló, a pesar de su reciente arrogancia.





AMINARON silenciosos durante unos instantes y sin rumbo. Ya no llovía. La noche era suave, tibia...

Antonio, queriendo prolongar el divino momento, tal vez lleno de un extraño temor hacia la misteriosa mujer que tan prontamente lograra apoderarse de su ánimo, propuso:

—¿Y... si cenáramos antes?

Ella le miró sorprendida, y se detuvo.

—¿Es que ya no me desea usted con la vehemencia de hace poco?

Fué un latigazo al amor propio del español, quien contestó:

—Es que... la deseo tanto, que temo poseerla demasiado pronto.

No descifró la mujer la extraña paradoja. Y declaró:

—No lo entiendo.

—Vale más el anhelo que el hartazgo. Anhela fuertemente es más que poseer. La sé ya a usted mía. Y vivo tales momentos de felicidad ahora que sé que no tengo más que extender la mano para tomar posesión del divino tesoro de su cuerpo que temo que luego la plena posesión no valga lo que este anhelo, que me gustaría prolongar unas horas más.

No estaba claro. La francesa se encogió de hombros, resignándose a la incomprensión, y dijo:

—Como usted guste. Vamos donde usted quiera.

Pero, reaccionando, o temeroso tal vez de que su gesto fuera mal interpretado, perdiendo valor varonil en el ánimo de la extraña mujer, Antonio propuso:

—No. Vamos hacia el amor, hacia la saciedad. Luego cenaremos. Y después, al morir la noche, nos encontrará nuevamente el uno junto al otro, fundidos en un gran abrazo, ahitos de amor...

Así, sí. ¡Así le quería ella! En sus ojos azules brilló la llama del triunfo. Oprimió nerviosamente el brazo del español en que se apoyaba, y declaró en susurro, como una sirena prometedora:

—¡Oh! ¡Si fuera usted el hombre que busco! ¡Incansable, insaciable para el amor! ¡Todo corazón y nervios, y alma, y fidelidad, y constancia!...

Antonio se estremeció. Era el imán atraído por la fuerza magnética. Era la centella fuego de amor,



Miró sus ojos fríos, crueles.

incendio presto a abrasar la femenina carne captada, dirigida a tierra, a la nada, por el pararrayos.

Murmuró perdidamente:

—Lo seré... ¡Sí, lo seré!...

¿Dónde ir?

Era ella como la luz que esclarece, como la luz que guía. Ni un solo instante pensó Antonio en conducir a su conquista a ocasional nido de amor, sino que ella, Laura, como dijera llamarse al español, guiaba, yendo sin titubear hacia la anhelada meta, hacia el oasis donde entregarse al hombre en quien quería plasmar un ardiente y loco ideal de amor...

—Yo vivo ahí cerca. En la rue Le Pic, con una vieja criada. Iremos a mi casa. Allí estaremos bien. ¡Oh! ¡Ya verá usted! ¡Ya verá! Y si lograra ser usted el hombre que anhelo, ¡qué dichosos, qué felices habríamos de ser!

Y como para ahuyentarle un mal pensamiento:

—Yo no he de pedirle dinero...

—¡Oh!

Era, al propio tiempo, una exclamación de alivio y de dolor.

Pasó en fogonazo por su imaginación el recuerdo de Yvonne y la dolorosa escena postrera que con ella había vivido. «Yo no he de pedirle dinero.» ¡Qué alegría! Laura, la gentil, la divinísima, la misteriosa Laura, no era una ramera, una vendedora de caricias, sino una privilegiada y tal vez insuperable mujer de amor. Ahí, hundido

en fango, quedaba el recuerdo de la prostituta, de la quebradora de ensueños, de la que vendía lo más excelso, lo más noble y generoso que hay en la tierra, lo que sólo los humanos son capaces de vender: la emoción de amor, la suprema sacudida de la voluptuosidad.

—¡Gracias, Laura! ¡Muchas gracias!—dijo el venturoso, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad.

—¿Gracias por qué?

—Por salirme al paso de ideas crueles, de recelos que pudieran bastardear la nobleza, la fe, el entusiasmo con que he de entregarme a ti tanto como tú a mí te entregues. No sabes el bien que me haces y te haces con tu declaración nobilísima. ¡Gracias, Laura, gracias!

Tuteábala ya, como si acabara de otorgarle la suprema confianza y fueran consagrados amantes.

Hubo en Laura, al oír las palabras de Antonio, una sonrisa de melancolía.

Murmuró:

—¡Oh! ¿Por qué los hombres han de confundir siempre a la mujer pasional y fácil con la prostituta?

Recordando su pasada aventura, Antonio pudo replicar en hombre experimentado:

—Porque las prostitutas, para mejor especular, buscan parecerse a la mujer pasional y fácil.

—Es verdad—vióse obligada a confesar Laura.

La rubia mujer se detuvo ante la embocadura

de una puerta, de angosto portal y oscura escalera.

—¿Es aquí?—preguntó Antonio.

—Sí.

Y como Laura titubeara:

—¿Por qué vacilas, Laura?

—Por nada. Es... que quisiera que ahora cerraras los ojos y que, al abrirlos, fuera ya en la tumba de amor adonde voy a conducirte, como un salto de uno a otro mundo para hallar un paraíso; una incomparable tumba de amor donde el rumor no es rumor, donde la blandura y la quietud son soberanas, donde no hay más vida ni más sonido que el que producen los labios al unirse y el morir de las palabras entrecortadas por el hipo voluptuoso.

Antonio, obediente, sin la menor objeción, cerró los ojos...





Al abrirlos, a instigación de Laura, no pudo contener una exclamación de sorpresa.

Junto a él, ofreciéndole ya sus labios en pompa, Laura sonreía...

—¿Qué, bien mío? ¿Qué te parece mi tumba de amor?

Pero Antonio no contestó. Aun no lograba salir de su asombro.

¿En qué mundo estaba? ¿Por qué diabólico arte se encontraba en aquel lugar?

¡Todo rosa! ¡Todo muelle! ¡Todo blandura! Una verdadera tumba rosada, en fin. ¿Por dónde entrara? Porque allí no había puerta ni ventana alguna. O, por lo menos, el español no la veía.

El suelo no era suelo, sino más bien un amplio y blando lecho, cubierto de raso, sin principio ni fin; raso que ascendía y se prodigaba hasta en

el mismo techo en lindos abullonamientos, como caprichosos altorrelieves, ocultadores, indudable de la instalación eléctrica que esclarecía la estancia aquella.

Era el triunfo de la sencillez en lo absurdo; era la plena seguridad del aislamiento y del silencio. Allí, el morir de amor, era lo más semejantemente posible a un idéntico morir.

Laura insistió:

—¿Qué, bien mío, español valiente de mis ilusiones, te gusta mi tumba de amor?

Antonio dijo al fin:

—¿Fuiste tú quién la ideara?

—Sí, yo. ¡Fuera fruto de mis sueños de amor! ¡Un nido incomparable para una incomparable pasión, para un hombre sin par! ¡Una verdadera tumba de amor, ajena al mundo! Grita aquí. Nadie te oirá. Tus gritos, por fuertes que sean, no podrán salir. Aquí, forzosamente, hallarán su tumba. Muere aquí. Tu agonía no podrá ser escuchada. Y cuando la vida se te escape, creerás ya hallarte enterrado en un róseo sepulcro, que te hará sonreír como si en aquel instante penetraras en la gloria. Goza aquí. ¡Oh! Deja escapar de tu pecho la queja dulcísima que la voluptuosidad te arranque, que en nada hallará eco, con ningún otro rumor podrá mezclarse, y ella morirá diáfanamente, entre raso y blandura. Y luego, cuando la felicidad plena te haga cerrar los ojos, como en una verdadera muerte, ¡oh, Antonio de mi

vida!, entonces te darás cuenta de que no hay muerte más sublime que la que de este modo se halla en esta tumba de amor.

Decía Laura estas palabras con verdadera unción, llena de una impresionante fe, como sacerdotista de un templo misterioso que explicara su rito a un catecúmeno.

Antonio, como alucinado, la escuchaba, sin pensar en tomar presta posesión de la incomparable mujer, sin que sus manos se posaran anhelantes en el cuerpo flexible y exquisito de la extraña hembra.

Interesado por aquella vida sin par que pretendía captar la suya, Antonio preguntó a Laura, sin miedo a la respuesta:

—¿Y... tú has amado mucho aquí?

Laura se limitó a sonreír misteriosamente.

—Dime; contesta, Laura...

Ahora, mientras Antonio rogaba a su amada, los cuerpos se acoplaron, las bocas se unieron y los prometidos amantes cambiaron el primer beso de amor.

Y luego:

—Español, ¿serás tú el triunfador de mi cuerpo enfermo?

—¿Enfermo?

—Enfermo, sí; enfermo de amor.

Y luego de un supiro:

—¿Serás tú el hombre que ha de aplacar mi fiebre; que ha de llevar la paz a mi carne; que

ha de cautivar, al propio tiempo, mi alma, desbordada de ternura?

—No sé... No sé...

—De no ser así, ¡más valiera, españolito de mis ilusiones, que no nos hubiéramos conocido!

Antonio besó ahora a Laura con un amor infinito, con inmensa ternura, y también con un ansia irreprimible de hacerla ya definitivamente suya.

Y como los cuerpos se plegaran en el abrazo, prestos a derrumbarse en el lecho sin par:

—Espera, bien mío; espera...

Laura apoyó una mano entre los abullonados del raso. Y fué la sombra más absoluta.

Dijo:

—Desnúdate.

Silencioso, Antonio obedeció.

Hubiera podido oírse, mezclada con el rumor de los vestidos, al ser retirados de los cuerpos, el respirar de aquellos dos seres.

Luz de improviso.

Antonio vió ante él la maravilla de las maravillas hecha carne de mujer.

Y se arrodilló, lleno de entusiasmo, como ante una celeste aparición, exclamando:

—¡Bien mío! ¿Eres una ficción o una divinísima realidad?

—Soy... ¡tu ensueño hecho realidad, si alguna vez has ensoñado!

Y era cierto. Laura era bella como la más excelsa de las obras que el arte del desnudo creara,

algo mirífico que por arte de encantamiento lograra ser plasmado. En su cuerpo no había la menor imperfección. Todo en ella era triunfo de la línea y del color. Parecía nacido aquel cuerpo de mujer de aquella profusión de raso róseo, de aquella blandura, de aquella desconcertadora armoniosidad; era como el fruto incomparable de un ensueño color de rosa.

Clamó Antonio:

—¡Oh, sí! Yo seré el hombre de tus fiebres de amor. Yo llevaré con el fuego de mis ansias la paz a tu carne, luego del incendio en que los dos hemos de abrasarnos. Yo seré al propio tiempo remanso y torrente, tumulto y sosiego. ¡Yo seré aura para tu alma, ahita de ternura!

Y se fueron el uno hacia el otro, fundiéndose en un vehemente abrazo de posesión.

Ahora sí. Ahora, cuando las bocas se unieron y los cuerpos se plegaron, Laura y Antonio se derrumbaron sobre el lecho originalísimo, en un tumulto de frases ardientes y de locura que nacían y morían sin eco en aquella sin par tumba de amor...



TRAVESANDO el campo de Marte, Antonio pasó por debajo de la torre de Eiffel, con dirección al Trocadero. Iba ya a cruzar el Sena cuando en la embocadura del puente oyó una voz amiga.

—¡ Antonio !

—¡ Hombre ! ¡ Mauricio ! ¿Tú por aquí?

—La tarde estaba espléndida. Salí a dar un paseo...

—Y yo.

Los dos amigos se contemplaron silenciosamente durante un breve instante, luego del cual Mauricio dijo a su amigo :

—Te encuentro... no sé cómo, Antonio.

Este se encogió de hombros.

—Tú dirás.

Rió Mauricio. Y no sabiendo qué explicar, declaró al fin :

cándoselo todo a Mauricio, cada vez más interesado con la poco banal aventura de su amigo.

La descripción de la rosada tumba de amor le encantó.

—¡Oh! Debe ser maravilloso amar allí.

—¡Ya lo creo! Sobre todo con una mujer como Laura, genial creadora de semejante nido de amor.

Quedaron silenciosos los dos amigos. Mauricio parecía reflexionar.

Dijo, al fin:

—¿Y ella, te quiere mucho?

—¡Oh, sí! ¡Mucho!

—Peor.

—¿Qué?

—Que peor.

—No te entiendo.

—¿Quieres un consejo, Antonio?

—Dime.

—Huye de esa mujer.

—¿Por qué? ¿No es el amor?

—No.

—¿Qué entonces?

—El vicio. La voluptuosidad. Lo que quieras, menos el amor.

—Eres injusto.

—No, Antonio. Huye de esa mujer, te digo. Algún día pueda ser que te pese no aceptar este desinteresado consejo.

Antonio se encogió de hombros.

Mauricio volvió a insistir:

—Por lo que me has contado he colegido que se trata de una mujer fatal.

—¡Oh!

—Sus extravíos eróticos, el menor mal que han de producirte es la pérdida de la salud. Ahora mismo, *ya no eres el de antes.*

—No. Ahora soy un hombre feliz.

Mauricio tuvo una sonrisa de escepticismo.

Estableciόse luego de este diálogo entre los dos amigos una gran frialdad.

A los dos corríales prisa separarse.

Habían llegado, andando, andando, hasta la plaza de la Concordia, bordeando los muelles del Sena.

Allí se separaron.

Cuando Mauricio se halló solo se preguntó:

—¿Le compadezco o le envidio?

Vió cómo su amigo desaparecía entre el mare magnum de la rue Rívoli y se murmuró, adivinando que iba tras la rosada tumba:

—Le envidio tal vez.

Y suspiró:

—Yo necesito una mujer.

En aquel preciso momento quiso el azar que Yvonne pasara junto a Mauricio, que la reconoció prestamente.

Se estremeció, para decir, en repugnancia:

—¡Esa, no! ¡Esa, no!

Y al hallarse con que había rechazado al amor mercenario, se confesó:

—¿Cuál entonces? ¿La otra?

Salió del fondo de sus instintos de macho el vergonzoso anhelo:

—¡La otra! ¡Sí! ¡La otra!

Y se puso colorado como un colegial que acabara de ser descubierto cometiendo una grave travesura.



Y no pudo ya vivir en paz Mauricio con el morboso anhelo, agarrado a su carne, afianzado a su espíritu con tenacidad de pulpo.

Soñaba con aquella misteriosa y original mujer por él no vista y tan escrupulosamente descrita por su amigo Antonio. La deseaba con toda el ansia de su morboso anhelo. Quería poseerla en aquel paraíso desconocido que tan ardientemente llevara a su imaginación el hombre venturoso que lo disfrutaba.

¡Oh! ¡Penetrar en la maravillosa tumba de amor, hartarse de la divinísima hembra que la creara y morir luego!

¡Suprema aspiración de su vida y de sus instintos!

Y no se curaba, no. A medida que los días transcurrían, sus deseos eran mayores, hasta llegar al enloquecimiento, a la locura...

No quería Mauricio hallarse de nuevo con su amigo Antonio. Le odiaba con toda la fuerza de su juventud, con toda la violencia de unos celos absurdos e irreprimibles.

¡Llegó a desear su muerte!

La vida se le hizo imposible. No vivía ya sino para aquella loca obsesión.

Y de repente, él, que hasta entonces quebrara el noble sosiego de su vida con la absurda quimera, viviéndola desde lejos, quiso aproximarse a la hoguera para arder en su fuego.

¡Verla a ella, a la mujer fabulosa! ¡Contemplar desde lejos la mirífica mansión donde se hallaba escondido un paraíso!

Y una tarde de fiebre y de locura allá se fué Mauricio.

No creía fracasar en su empeño de identificar a Laura. Estaba seguro de reconocerla entre mil mujeres.

Cuando llegó a la rue Le Pic, todo él temblaba, poseído de una extraña emoción. Parecía un enamorado que acude a la cita en que la adorada ha de entregársele.

La suerte le favoreció sobremanera. Frente a la casa donde suponía, con arreglo a la descripción que Antonio le hiciera, que la tumba maravillosa se hallaba, había un café. Desde él fácilmente podía espiar con toda comodidad quién entraba y salía en la casa sopechada.

Y en el café se instaló Mauricio, junto a un amplio ventanal que comunicaba con la calle.

Pasó una hora, dos...

¡A que iba a resultar vana la espera!

De pronto de su pecho salió una alegre exclamación, algo así como el gruñido venturoso que debe lanzar la fiera hambrienta al ver surgir la anhelada presa de entre la espesura en la selva.

¡Antonio!

Caminaba tranquilo y feliz hacia la tumba de amor. ¡Iba hacia la felicidad, hacia la gloria, hacia el incomparable paraíso donde hallar la mayor de las dichas humanas!

Y, desde este momento, desde que le vió hundirse en el tenebroso portal y la angosta escalera que conducía hacia el resplandeciente nido de amor, el enloquecido, el celoso, no tuvo más que un terrible pensamiento, no vivió en él sino una oleada de locura que barría todo atisbo de razón: matar al hombre venturoso, al odiado rival, e irrumpir en el codiciado paraíso, que vedado estaba para él.

Esperó, esperó...

¿Cuánto tiempo?

Este no existía para Mauricio.

De pronto se dijo:

—¿Para qué esperar? ¿No es allí mismo donde tengo que... matarle?

Salió del café. Atravesó la calle y se hundió en

el portal. Ascendió en la escalera, en sombras. Llegó al primer rellano. Allí se detuvo.

De improviso, oyó rumor de pasos.

Su corazón le dijo quién llegaba.

En sus bolsillos buscó un arma.

Sólo hallara una humilde navajilla, no fabricada para el asesinato, indudablemente.

La abrió.

Antonio ya se le acercaba.

Un salto. Un aye. El sordo rumor de un cuerpo que se derrumba...

¿Muerto?

¡Qué sabía el asesino!

Sólo dábase cuenta de que lo que él creía insuperable obstáculo para llegar a la alucinadora tumba de amor, había desaparecido.

Guado por el instinto, subió un tramo más de la escalera.

Halló una puerta entreabierta.

Lanzó un rugido victorioso, adivinando.

¡El diablo se la abría!

Clamó:

—¡Laura! ¡Laura!

Nadie le contestó.

—¡Laura! ¡Laura!—gritó más fuertemente.

De pronto, su llamada recibió respuesta:

—¿Quién?

Era una voz desapacible, de vieja, indudablemente.

Una anciana de largos cabellos, en efecto. Indudablemente, la criada de Laura...

—¿Qué desea usted?

Ya su razón se hundió definitivamente en la negrura de una noche eterna.

Y Mauricio, lanzando una estridente carcajada, se abrazó a la vieja, toda llena de espanto, diciéndola:

—¡Vamos, Laura mía! ¡Vamos! ¡Guíame a la tumba de amor!



Compre usted

LA BELLEZA

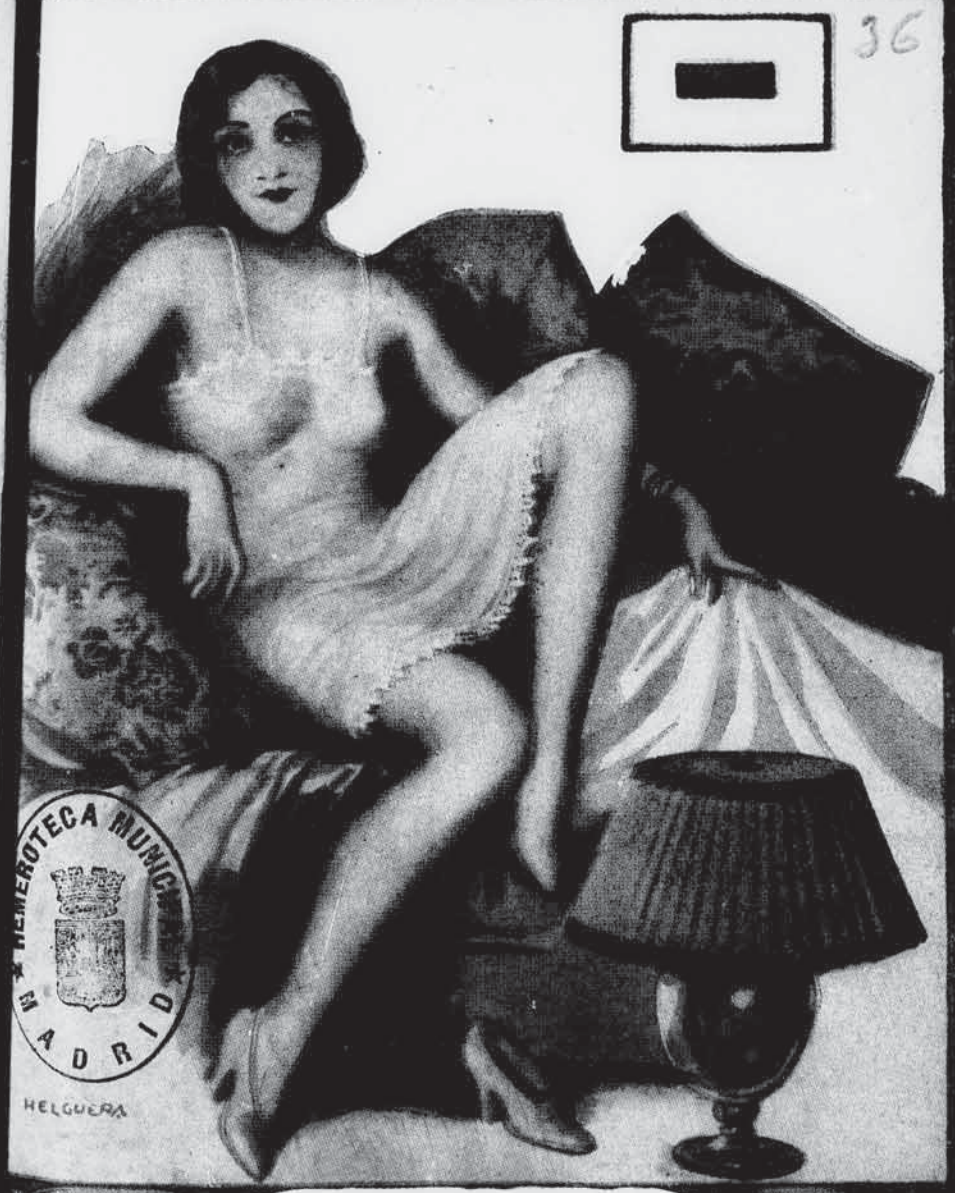
Publicación mensual

Albumes de sugestivas fotografías de las mujeres más guapas del mundo.

UNA peseta

La Novela Sugestiva

36



HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

HELGUERA

Ricardo Altamira

LO QUE A ELLAS LES GUSTA...

150 CTS